

Una comunidad política expuesta



OBJETOS MENTALES

Antonio Perdomo Betancor

Cuando la comunidad de Minneapolis, Minnesota, (EEUU), vota unánimemente un acuerdo prejudicial con la familia de George Floyd de 26 millones de dólares como compensación y reparación moral por su muerte en una detención policial hace aproximadamente un año; y cuyo episodio fue el punto de partida del BLM (Black Lives Matter) lo que reconoce, de facto, es que las relaciones establecidas entre la comunidad política que nacen, por principio, de la confianza que garantiza sus derechos de ciudadano han quebrado y el contrato social, en cuestión, cuestionado.

Y como ha sucedido en otras muchas ocasiones de la historia de la comunidad política, induce a sospechar que se trata de unas relaciones estructuralmente defectuosas, donde la neutralidad del Estado incumple con su deber protector de los derechos de las personas en un plano de igualdad, sin privilegios, y se entiende que rompen consecuentemente el derecho a la seguridad, la libertad y a la justicia. Ese mismo episodio revela la desigualdad de trato de la policía y señala además que las leyes dictadas inclinan el campo de juego en una dirección, erosionando la credibilidad del sistema. En suma, subraya que el Estado, en definitiva, carece de la capacidad para ofrecer una respuesta estructuralmente ejemplar.

Se suele decir cuando una persona muere, especialmente en circunstancias como en las que murió George Floyd, que se trata no sólo de una pérdida irreparable para la familia, sino que, por su naturaleza extiende la aflicción a la comunidad política entera. Por esa misma razón desaprovechar esa oportunidad para reparar aquella realidad del sistema que condujo a su muerte es una condena añadida a la ya su triste pérdida. El deber del Estado es asegurar una justicia justa, una vida buena en el sentido rawlsiano. Apuntan en la buena dirección aquellos que dicen que hacer justicia contrae la obligación de que, a través de los jueces y administradores de la justicia, la variedad de la comunidad política quede representada, porque sin su concurso, la justicia no es creíble.

La moral no importa por sí misma, al cabo la moral obedece a una suerte de convención social, lo verdaderamente importante radica en que su inobservancia produce daños colaterales, daños graves a terceros, irreparables tragedias a las personas de una comunidad y a la misma comunidad como ente. Sus consecuencias son una catástrofe que se extiende y abarca el ecosistema humano, afecta a la realidad mental y a la disposición del futuro.

Cuando la heroína de los derechos civiles Rosa Parks, de raza negra, se negó a ceder su asiento en un transporte público a un ciudadano blanco estaba en realidad señalando que la igualdad de trato a los negros era distinta a la de los blancos. Que la ley, en ese momento histórico de 1955, estaba escrita para blancos y por blancos en Alabama (EEUU). Y que moralmente era indigna. La dignidad, no olvidemos, alude a la justicia y a las relaciones justas que nos merecemos las personas.

Es razonable suponer que la arbitrariedad moral provoca una escisión en la comunidad, y lo hace de un modo tal que, a pesar de las políticas de distribución de rentas, la sociedad no logra cerrarla ni alcanza a abrazar un razonable plano de igualdad. De modo que sin una acción política firme que dote a la esfera pública de la capacidad de potenciar los valores cívicos mediante una red de estructuras públicas necesarias y suficientes, la comunidad estará expuesta a injusticias como la que padeció George Floyd.

Se suele decir cuando una persona muere, especialmente en circunstancias como en las que murió George Floyd, que se trata no sólo de una pérdida irreparable para la familia, sino que, por su naturaleza extiende la aflicción a la comunidad política entera

LA TIRA FERNANDO MONTECRUZ



LA PROVINCIA / Diario de Las Palmas abre todos los lunes un espacio de debate, en colaboración con eSport Talent Canarias, sobre la práctica de los deportes electrónicos (eSports) escritos por gamers, psicólogos, profesores, abogados, economistas, médicos y especialistas deportivos, en



cas, culturales y sociales.

comunicación audiovisual y nuevas tecnologías, que ofrecerán un análisis exhaustivo y novedoso para conocer una actividad que no solo es deportiva sino que tiene importantes repercusiones educativas, económicas, jurídicas

A tenor de las últimas noticias sobre el futuro del Olimpismo y la implantación de los virtual sports, esports o gaming se ha abierto un panorama propio de este siglo integrador, digital y sostenible. La pandemia ha acelerado los procesos vitales de la convivencia humana, desde las nuevas formas de trabajar (teletrabajo) a la redefinición de la movilidad, la diversión, la práctica de ejercicio, el deporte o, simplemente, el juego.

La práctica del ejercicio físico y del deporte, en concreto, mejora la salud de los ciudadanos. Pero en esta cultura posmoderna las personas buscan diferentes y nuevas maneras de favorecer unos hábitos saludables: la propia inteligencia humana también se desarrolla de la mano de los avances tecnológicos. Los llamados juegos activos digitales, los exergames (exercise games), los videojuegos de simulación o de bailes nos llevarán a otra dimensión desde estos momentos de pandemia. El ser humano como ser lúdico conectará la pasión de jugar con su entorno digital.

Todos debemos ser protagonistas en el cambio que ahora se produce, y no los PAGADORES del cambio. Antes de esta transformación digital problemas como el del alcohol y el tabaco han generado nuevas enfermedades entre los jóvenes, como la borrachorexia (beber para divertirse sin tener en cuenta la salud), sin olvidar otros como la vigorexia o la anorexia, donde lo importante no es sentirse bien sino estéticamente delgado y

ejemplar. Ahora tenemos que generar una nueva cultura digital para la mejora de la salud y el bienestar digital.

Necesitaríamos expertos en actividad física y deporte en este nuevo espacio digital, los digital health trainers. Definir y orientar sobre el buen uso de la realidad virtual, la realidad aumentada o la inteligencia artificial resultará crucial: marcará un nuevo rumbo. Una tecnología digital que empoderará nuestra vida diaria, nuestros patrones de pensamiento. Y que sin duda provocará la proliferación de nuevas alternativas deportivas. El proceso transhumano, los exo-esqueletos, las nanotecnologías y las modificaciones genéticas abrirán incluso un nuevo debate ante el inimaginable concepto del atleta cyborg o el atleta aumentado.

Si el deporte es un lugar de socialización pues, evidentemente, se adaptará a una sociedad híbrida. La que conformaran dualidades como el trabajo y el teletrabajo, el comercio y el e-commerce, la salud y la nueva ehealth... Y el deporte y lo esports. En la actualidad, deportes como el ciclismo (en la plataforma Zwift) o el automovilismo (Simra-

Olimpismo virtual



OPINIÓN

Miguel Betancor León

cing) ya organizan sus competiciones internacionales de manera virtual. El fútbol y el baloncesto se han trasladado en el ámbito de la competición de alto nivel al escenario de los esports: y han reforzado su condición de verdadero acontecimiento digital global en plena pandemia de la COVID-19.

Como bien dijo el creador de los Juegos Olímpicos modernos, Pierre de Coubertin, "el movimiento olímpico no es propiedad de una raza o una época". En riguroso respeto a este espíritu fundacional, esto es lo que ha decidido el Comité Olímpico Internacional en la última sesión de su ejecutiva, en el pasado mes de marzo, publicando su agenda 2020+5. Las tendencias claves incluirán temas como la solidaridad, la digitalización y la sostenibilidad para un mundo post-coronavirus.

Así, el COI dio a conocer su hoja de ruta para los próximos cinco años, formalizando un lenguaje natural de convivencia con la cultura gaming. Entre un total de quince recomendaciones formuladas, dos son de especial interés en lo que aquí nos ocupa. Por una parte, se tiene ya como objetivo "fomentar el desarrollo de los deportes virtuales

e involucrar más a las comunidades de videojuegos". Y, por otra, también se establece como meta "conectar con nuevas audiencias más allá de la comunidad olímpica". El Olimpismo quiere evolucionar en una cultura global cada vez más digital y en constante cambio. Puede ser, en efecto, un medio para promover el Movimiento Olímpico, sus valores, la participación deportiva y el desarrollo de relaciones directas con los jóvenes.

Desde mi visión, creo que en un futuro muy cercano esto se enfocará de entrada en los llamados, de forma redundante, esports deportivos, ante la proliferación de competiciones impulsadas desde determinadas federaciones. Gianni Infantino, presidente de la FIFA, expuso que "si el COI quiere llegar a los jóvenes, tiene que interactuar directamente con los jugadores de los deportes virtuales para alentar su participación en la actividad física y promover los valores olímpicos". Lo dice el fútbol, nada menos. El fútbol, que en último año ha generado más con el videojuego que son sus estadios sin público.

Durante esta pandemia el número de jugadores (gamers) ha crecido un 30% y la práctica de los esports, un 75%. El francés Jean Christophe Rolland, presidente de la Federación Internacional de Remo y ponente de esta tema en el COI, destacó la imparable digitalización de los deportes actuales como un fenómeno que abordar a la hora de ampliar la comunidad olímpica. Se deja muy claro, en todo caso, que este mundo del Gaming deberá respetar los valores olímpicos para su efectiva integración.

La historia tiene un gran valor: a menudo nos ayuda a entender la realidad. Personalmente, me quedo con la firma en 2018 de un acuerdo entre el Comité Olímpico Español (COE) y el Gobierno Canario para promover ese camino integrador con los esports. Alejandro Blanco, presidente del COE, manifestó entonces que el movimiento olímpico se estaba adelantado con los esports, porque se ha dado cuenta de que hay millones de personas de diferentes edades que los practican. "A nosotros no nos interesa saber quién es el campeón, sino recoger ese movimiento mundial digital que existe en la sociedad, y al cual el movimiento olímpico no puede ser ajeno", afirmó con indudable visión de futuro.

El entonces presidente de Canarias, Fernando Clavijo, comentó que "o guiamos a los jóvenes en ese nuevo mundo y los formamos en esos valores que representan el deporte y la educación, o al final los dejaremos solos y las consecuencias no serán las deseadas".

El acuerdo aquél ya avanzaba esto que en el 2021 parece una gran novedad.

Hoy no nos queda otra que crear redes y puentes entre el deporte actual y la escena digital, y atender menos a ese concepto desfasado de jerarquía deportiva institucional que, por otra parte, se ha alejado definitivamente de la realidad. Como bien señala el ingeniero canario José Cabrera, experto en innovación y liderazgo empresarial, "la redarquía (colaboración) debe estar por encima de la jerarquía (imposición)".

MIGUEL BETANCOR LEÓN
DOCTOR EN PSICOPEDAGOGÍA

Entender + CON LA HISTORIA

Los huevos más preciados de la historia no son ni de gallina ni de chocolate. Son de piedras preciosas. No existirían si no fuera por la Pascua y el gusto por las joyas de los zares de Rusia.

Una niña observa una de las obras de Fabergé.



Huevos imperiales



Xavier Carmaniu
Mainadé

La Semana Santa culmina con la tradición de comer los huevos. Ahora son de chocolate, pero antes eran simples huevos duros colocados encima de un modesto roscón de brioche. El huevo es un símbolo adoptado por el cristianismo procedente de otras religiones anteriores y que se asimiló a la resurrección de Jesús, del mismo modo que antes antiguas creencias también habían tenido rituales similares coincidiendo con el equinoccio primaveral.

La Pascua es muy celebrada en todo el mundo cristiano, pero sobre todo es una fecha muy señalada por el calendario ruso ortodoxo. Esto ya ocurría durante la época imperial. Fue en ese contexto que, en 1885, lo que debía ser un regalo se convirtió en un hito de las artes decorativas. El zar Alejandro III quiso tener un detalle con su esposa y le encargó al joyero y orfebre Peter Carl Fabergé un huevo de Pascua.

Dicen que a la zarina María Fiodorovna le gustó tanto que, desde entonces, su marido lo convirtió en una tradición. Es comprensible que la mujer se entusiasmará con el regalo. Era bonito e ingenioso. De fuera aparentemente parecía un huevo de gallina pero, al abrirlo, la yema era una esfera de oro que, en su interior, ocultaba una gallina con las plumas también de oro y los ojos de rubí. Por orden expresa del zar, dentro del animal había una sorpresa final: una pequeña réplica hecha con oro y diamantes de la corona imperial y un colgante de rubí.

A partir de aquella Pascua, cada año los Romanov esperaban el huevo de Fabergé con ilusión porque, viendo el éxito del primero, el zar dio total libertad al joyero. La única condición era que tenía que esconder una sorpresa en el interior relacionada con la familia. A veces se trataba de pequeñas pinturas sobre esmalte, como el huevo de 1890, con imágenes de los principales palacios de Dinamarca, país de procedencia de la zarina.

Cuando, en 1894, Nicolás II sucedió a su padre en el trono, no solo mantuvo la tradición sino que decidió encargar dos huevos: uno para su madre y otro para su esposa. En 1896, por ejemplo, se presen-

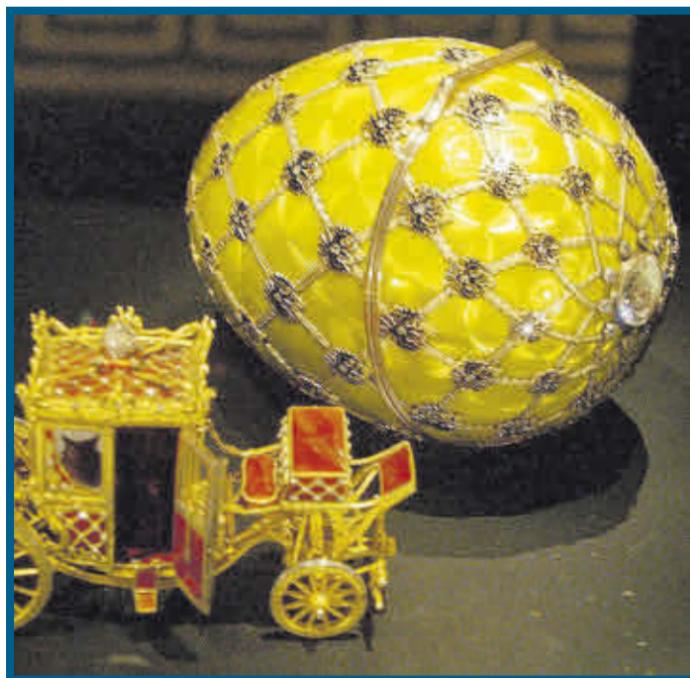
tó un huevo

transparente con la cáscara hecha con cristal de roca, que dejaba a la vista un conjunto de pequeños cuadros con vistas de los lugares favoritos de la nueva zarina, Alexandra Fiodorovna. El año siguiente la sorpresa del huevo fue una réplica de un carruaje del siglo XVIII que había servido para la ceremonia de coronación Nicolás II.

La tradición se mantuvo hasta el último momento y solo terminó con el estallido de la Revolución bolchevique de 1917. El trágico final de los Romanov es de sobra conocido por todos.

Más difícil de seguir es el rastro de sus huevos. Inicialmente fueron enviados a Moscú, donde se instaló el gobierno comunista. A partir de entonces, algunas de esas joyas se perdieron y otras se vendieron por necesidades del nuevo régimen. Esto hizo que una parte fuera a parar a manos de coleccionistas de Estados Unidos. Por esta razón, la tercera colección de huevos imperiales más numerosa está en las vitrinas del Museo de Artes Decorativas de Virginia, que posee cinco ejemplares. También hay tres en el Metropolitan de Nueva York, dos en Washington y uno en Ohio.

El periplo de los huevos ilustra a la perfección las idas y venidas de Rusia, ya que tras la caída de la Unión Soviética y la aparición de los nuevos millonarios que supieron sacar provecho del cambio de la situación política algunas de las joyas de Fabergé volvieron a su tierra de origen. El magnate del aluminio Viktor Vekselberg compró a la familia Forbes de EEUU los nueve huevos que habían logrado reunir tras años de fervoroso coleccionismo. Según algunas fuentes, la operación superó los cien millones de dólares y fueron la piedra angular del Museo Fabergé que Vekselberg abrió en San Petersburgo. Ahora allí, además de los huevos, también se exponen otras piezas surgidas de los talleres de aquella estirpe de joyeros que, con su talento y creatividad, han pasado a la historia como uno de los grandes referentes de las artes decorativas.



Huevo joya, con una réplica de un carruaje del siglo XVIII.

FABERGÉ

Un nuevo apellido para vender más

Descendientes de una familia protestante de la Picardía, sus antepasados huyeron de las guerras de religión de la Francia del siglo XVIII y se fueron desplazando hacia el este hasta llegar a Rusia. Originariamente, se llamaban Favrat pero en el siglo XIX adoptaron el apellido Fabergé porque a la francófila aristocracia rusa le sonaba más auténtico y también les ayudaba a vender más.